



El sueño no es un refugio sino un arma
Geney Beltrán Félix
México, UNAM, 2009

El ensayo es dogmáticamente breve; con esta premisa inicia Geney Beltrán uno de los textos que más llama la atención de *El sueño no es un refugio sino un arma*. Continúa el sinaloense, “existe también la forma paradójica del ensayo total” ambas opciones conservan algunas características en común —afirma el autor— entre ellas, el ingenio y la originalidad de la interpretación de un tema; además de un necesario “estilo preciso y propio” (Beltrán, 2009: 55).

Antes de aventurarse a proponer una de las ideas más punzantes del presente volumen —publicado por la Dirección de Literatura de la UNAM, a cargo de la doctora Rosa Beltrán— define lo que entenderá por ensayo. Resalta que “en el plano estrictamente literario, fuera de Octavio Paz no ha habido otro ensayista que podamos equiparar con George Steiner, en cuyas obras se alían la inteligencia, el rigor, la intuición, el estilo, la voracidad intelectual y el compromiso ético” (56). Advierte —como si fuera difícil comprobarlo— que los nombres con los que cuenta la tradición ensayística en México así como la práctica renovadora del ensayo —de Reyes a González Cussi, de Julio Torri a Esther Seligson, de Cuesta a Gabriel Zaid y varios

más— “se encuentran raramente en la cátedra universitaria, con sus facilidades bibliográficas, la tranquilidad del cubículo, las prestaciones y la estabilidad laboral, el contacto con los estudiantes, las becas a los proyectos de investigación y las estancias en universidades extranjeras” (57) no son capaces de arriesgarse a dar el vuelco. Pasa del ensayo a la crítica literaria:

[...] como ejercicio de la crítica literaria, la bibliografía académica desobedece estruendosamente las sugerencias de Steiner. No relea la tradición con nuevos ojos, sino que reitera, animada por una obediencia infértil, el canon fijado por nuestros abuelos y nuestros padres; no relaciona distintas obras, épocas o lenguas, sino que se parcela interminablemente en temillas cada vez más periféricos e insustanciales; no ejerce el juicio sobre la literatura contemporánea [...] la crítica literaria producida en la academia en México no tiene ninguna responsabilidad ética ni estética (59).

Se muestra preocupado por la escritura de ensayos en México. Acusa lo incompatible de la crítica literaria con una estimable cercanía hacia el lector general. Pareciera que todo está más vinculado a congresos y a publicaciones especializadas que terminan “cancelando el diálogo con la comunidad, por más pequeña que sea en la actualidad” (59). Afirma el autor de *El biógrafo de su lector*, la presencia de “una inseguridad disfrazada de arrogancia”; advierte también, con un halo esperanzador, que la crítica literaria del medio académico se vuelve necesaria —hoy más que nunca— y nos enumera, parafraseando a George Steiner —un disidente con el que se identifica y, por qué no, del que también termina prendándose el lector de este conjunto de 24 ensayos de visceral y puntilloso estilo—, las tres exigencias de la crítica literaria en la actualidad.

Beltrán escribe: la crítica literaria debe enseñarnos a releer, debe sentar los caminos que vinculen las letras del pasado y del presente, una tradición con otra; debe también juzgar la literatura contempo-

ránea. La crítica literaria “debe ayudarnos a leer como seres humanos totales, con el ejemplo de precisión, el miedo y el deleite” (67). La manera de ver a la literatura ¿tendrá alguna consecuencia que no sea un autismo intelectual, una literatura muerta e insensible y la insondable preocupación de los profesores-investigadores por producir cierta cantidad de libros para olvidarse?

En el presente texto se podrá encontrar una criba preocupada que ostenta, humilde y clara, la naturaleza personalísima del ensayo bajo el filtro de una necesaria renovación que actualiza las discusiones, genera la reflexión y propicia un diálogo sobre lo más importante en el hombre: lo meramente humano, las emociones. Geney Beltrán nos presenta, desde dos frentes, “Escritos viscerales” y “Cuaderno azaroso”, textos que cimbran y que invitan, gracias a sus intuiciones, a visitar el fenómeno de las letras trascendiendo a la causalidad, convirtiéndose con modestia en un maestro de lectura. En “Contra la ausencia de la crítica” hace recordar —como si costara trabajo— alguna que otra experiencia de acercamiento a la lectura (podría tratarse de cualquier clase de literatura mexicana en varios niveles educativos); hace recapitular las horas en las que pareciera que la labor de quien hubiera comandado las sesiones fuera la de generar aberración por la tradición literaria; hace pensar en la opción que hemos tenido los asistentes a aquellas cátedras: huir; hace dar cuenta del triste panorama; hace recorrer las calles de nuestras ciudades en las que, por lo menos quien suscribe este comentario, creció en la “bastardía intelectual” como él le llama al *curioso impertinente* que pasea por las librerías y bibliotecas buscando algo debido a un —extrañísimo entre las más extrañas circunstancias— deslumbramiento causado por un Julio Verne, que muchos ya conocen por las adaptaciones cinematográficas; hace ver a nuestras ciudades chaparras, de provincia, con vergüenza y desesperanza; hace surgir el gesto risueño ante las impresionantes campañas para “provocar” la lectura; hace notar una sociedad:

[...] fracturada por el deterioro de su vida cívica, por la corrupción y la violencia ya natural del tráfico de drogas, una comunidad insensible y discriminatoria en sus palabras y en sus hechos contra mujeres, homosexuales, niños, discapacitados, morenos y no católicos, indiferente ante la nula vigencia de los valores humanos y las leyes. [Todo esto] sin libros. Ya inmersa en la barbarie cotidiana (69).

Este es, me parece, uno de los hilos conductores de los textos en los que traza sus inclinaciones. Oscila entre cuestiones elementales: ¿por qué leer a los clásicos?, se acerca a detalle y afirma contundentemente: “la tradición es lo que merece ser recordado: releído, estudiado, difundido, interrogado una y otra vez” (69). No bordea el tema y se detiene ante la otra pregunta que siempre asalta ante la palabra tradición: ¿quién decide qué merece ser recordado?

Beltrán Félix, además de afrontar los temas de la tradición y de la crítica con sumo riesgo y dispuesto al diálogo, nos deja, entre otras cosas, un acercamiento a Francisco Tario, al dedicarle un espacio de reflexión y valoración a la primera novela casi olvidada del acapulqueño por adopción, una relectura que invita a ver a un “Tario furioso”. También, en un lúcido acercamiento a Salvador Elizondo —a quien considera “el lugar común del excéntrico”— nos deja entrever su manera de entender la grafografía del autor de *Farabeuf*. Apunta al respecto, “puede tornarse como una gracejada extendida para el deleite huero de tesis en universidades estadounidenses, como sucede en diligentes legiones de literatos ‘innovadores’ desde la década de 1960” (109). Cierra una trinidad de ensayos breves dedicados a escritores mexicanos con un dignísimo texto que reconoce en Efrén Hernández a un escritor con “prosa de poeta” en el que “la introspección es la médula” y del que podemos sustraer, como Beltrán lo hace, la siguiente frase: “la habilidad para mentir jamás merecerá la gracia de poder llegar a ser parangonada con la capacidad de intuir la realidad y valores verdaderos” (106), al leer en este trabajo podemos observar a un “Efrén contra la corriente”.

El sueño no es un refugio sino un arma presenta una mirada particularísima y digna de atención entre lo escrito y el fenómeno de la lectura, acerca de la literatura y de la crítica. Es también un texto clarificador en muchos momentos y que siempre invita a la reflexión sobre el orden de las cosas. Construye su visión de mundo, su acercamiento y su vaivén entre la tradición y la contemporaneidad. Representa un acto subversivo frente al consenso y la conformidad, en una época dada a aplaudir la desnudez de cualquier reyezuelo, como bien se afirma en la presentación del libro.

El texto de Geney Beltrán ataca en un listado de ensayos temas como éstos. Es el ensayo, como forma señera de abordar desde una mirada hija de su tiempo y de las propias lecturas, el que dentro de los cauces literarios permite un acercamiento a las obras literarias, el rescate de la tradición y la actitud pedagógica de los críticos; es allí desde donde se puede acceder a la crítica. En el ensayo, género joven e individualista, arriesgado y pujante, puede fundarse la posibilidad de que lo que se apunta vaya más allá del dedo que señala la luna.
Luis Pérez